



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14168

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

VIERNES 19 DE FEBRERO DE 1909

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en letras de fácil cobro.—Correspondencia en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

LA MENDICIDAD

Nunca se ha visto Cartagena como ahora se ve con tanto mendigo. No se puede dar un paso por las calles sin verse asaltado por mendigos de oficio, profesionales de la v gancia que por todas partes no están al transeunte.

La explotación de los niños llega ya al máximo, y colorea el rostro el espectáculo.

En todas partes hay pobres; porque la mendicidad, como el juego, como la prostitución, son plagas sociales, propias de todas las agrupaciones humanas; pero en todo hay grados y aquí hemos llegado ya á lo más co rompido en materia de mendicidad.

Los domingos especialmente el espectáculo que se ofrece por las calles de esta ciudad no tiene nombre.

Varios pobres las recorren pidiendo limosna con desaforados gritos, guitarras y otros instrumentos.

Entre esos pobres que imploran la Caridad pública van a gunas mujeres con niños que no son suyos, y que alquilan para ejercer su industria.

La mendicidad al extremo que ha llegado en Cartagena, sólo puede corregirse con severas medidas.

Hay que ver los días festivos las puertas de las iglesias.

Todas ellas se hayan ocupadas por un considerable número de pobres que molestan al público.

Además de la mendicidad existe otra plaga: la de los vagos.

Con éstos hay que hacer algo parecido á lo que se hace en Inglaterra, donde en ocho días para comer, necesitan haber trabajado, dando vueltas con unas pesas como no lo han hecho en su vida, y á la semana dejan de ser vagos porque no hay quien quiera repetir la experiencia.

ACTUALIDADES

Con el nombre de coche de la muerte ha sido denominado por el vulgo, el vehículo eléctrico destinado a servicio público de esta ciudad y sus barrios, bautizado con el número 8.

Y este calificativo no deja de tener su fundamento.

El citado carruaje de la compañía de tranvías de esta ciudad, debido indudablemente á la fatalidad, viene siendo el que á diario, atropella carruajes, destroza carretones, se lleva por delante todo cuanto á su paso encuebra y lo que es más triste, ha causado varias víctimas.

El citado carruaje fue el que arroyó y mutiló un pobre anciano en la calle de San Diego, esquina á la de la Gloria, á los pocos días en la Plaza de la Merced, el terrible automóvil, hizo «polvo» á un carretón, librándose el dueño de él, de una muerte segura.

Más tarde en la Puerta de Murcia, en su vertiginosa carrera el dicho coche, engancho á una tartana que venía en sentido contrario al suyo, causando grandes averías.

En la calle de San Francisco, el fatídico vehículo tropezó con una galera á la que le ocasionó varias averías y heridas á uno de los caballos que la conducían.

El conductor se salvó providencialmente, recibiendo algunas contusiones.

En la plaza de la Merced pocos días después atropelló á un individuo que cabalgaba en un rocín, causando al jinete varias heridas lo mismo que á la caballería.

Después y en un corto lapso de tiempo, ha engancho carretones,

carros de transportes y últimamente, en el camino que desde esta ciudad conduce al barrio de Los Doñores, ha muerto dos caballerías, ha destrozado un carruaje y ocasionó graves heridas á sus conductores.

¿No es esto verdaderamente fatídico?

Como el vulgo fantasea á su capricho, circulan versiones de todas clases.

Hay supersticioso que dice que en la construcción del dicho coche intervinieron los espíritus malos convirtiéndolo en máquina destructora.

Otros aseguran que dicho carruaje tiene los muelles flojos y no puede tener su marcha como los demás carruajes.

Entre las mujeres particularmente, predomina la idea de que Lucifer viaja con mucha frecuencia en el indicado coche.

Sea lo que sea, el caso es que con razón denomina el vulgo el coche de la muerte al que ostenta el número 8.

Yo creo que la empresa, en vista de la serie de atropellos y desgracias que lleva tan terrorífico carruaje, debiera distinguir de los demás coches, bien pintándolo de negro como el coche fúnebre de tercera clase, ó bien reemplazando el número 8 por una blanca calavera.

La verdad que los «servicios» de dicho vehículo merecen una recompensa.

OTEMA.

UNA CONFERENCIA

El ilustrado médico de la Armada D. Manuel Ruiz, que en muy distintas ocasiones ha dado inequívocas muestras de su vasta competencia científica, dió anoche una notable conferencia en el Círculo Militar, disertando sobre el difícil tema «Los Rayos X».

Los salones del Círculo que estaban completamente llenos de un público tan numeroso como distinguido, tributó entusiastas aplausos al conferenciante, que hizo apreciar en elocuentes párrafos y por medio de proyecciones, las más interesantes aplicaciones de los Rayos X.

El Sr. Ruiz fue muy felicitado al terminar su interesante conferencia.

Notas alegres

Pidiendo la luna

La seriedad, como elemento sugestivo de las multitudes, está algo «degradada». Tiene muchos partidarios y pocos sacerdotes. Sin embargo, ahora parece ser el último grito en materia tribunicia.

Hay muchas cosas públicas que lo son por derecho propio; la vida política, la opinión del pueblo, las libertades colectivas, y tantos otros resortes de la oratoria parlamentaria.

Pero todo ello es lírica pura. Si hubiera realmente seriedad en los conceptos oratorios, ¿qué sería del arte oratorio? Un contrasentido, por lo menos, y como tal, prosaico.

La oratoria es, ante todo, música, poesía, ficción, en una palabra, arte. El arte de agradar, que es, ante todo y sobre todo, un sistema de indumentaria.

Hay que «vestir» las imágenes; presentarlas en forma deslumbradora y atrayente. El que dice verdad pronto cae en el desagrado de las masas. Savonarola fué quemado vivo.

La verdad, como tal verdad, ha de presentarse, mejor dicho, exhibirse,

despojada de toda vestimenta, completamente desnuda.

No la busquéis en los mítins, ni en las asambleas; en las proclamas ni en las arengas.

Pudorosa y tímida, la verdad se refugia y oculta en los museos, en los santuarios, en las Academias, en sitios donde no llega el eco de las multitudes, allí donde pueda recibir el culto y adoración de los creyentes.

La seriedad es de la familia, hermana, hija ó madre de la verdad y no le invoca para electrizar á las masas, sino para persuadir á los sabios... ¡y entre las masas, hay tan pocos!

Los tiempos derivan cada vez más hacia lo aparatoso, hacia lo complicado. Se procede de lo fácil y sencillo á lo difícil y enrevesado. Por eso, los discursos parlamentarios son ampulosidad.

Se habla de la verdad escénica como una manifestación del arte. Lo propio sucede con la seriedad parlamentaria: es una expresión oratoria. Pero no existe en el ambiente de las multitudes.

Pero es un ideal. Los oradores serios son mirlos blancos que sólo existen en el deseo, en la aspiración, en el ideal; y los ideales, ya se sabe cómo se mantienen á fuerza de hipótesis.

Pedir sinceridad es inocente, es pueril. El que pide seriedad en la vida pública y en las oraciones parlamentarias es como si pidiera la luna, con el convencimiento de que no se la han de dar.

Desde que el mundo es mundo, las masas populares no han hecho otra cosa que pedir la luna. Jamás se la dió; pero obtuvieron cabezas humanas en vez de eso.

Cabezas de sabios, de héroes, de santos, de apóstoles, de patriotas; pero la luna ¡nunca! Las cabezas humanas no son el ideal; se entiende, cuanto están separadas del tronco, todas ruedan lo mismo las de los reyes, como Luis XVI y las de los tribunos, como Vergniaud.

¡De modo que... pidan ustedes seriedad! O sea, pidan ustedes la luna, y verán lo que les dan.

ABEL IMART

Huelga de perros

El perro, como el hombre, es un ser imperfecto. El perro muere, á veces,

á su mismo dueño. En Roobaix un perro de policía mordió á dos agentes de seguridad que acompañaba en sus «cacerías del hombre». También el perro se indisciplina.

Y el caso no es aislado, entre los perros que en Francia se han adiestrado para auxiliar á la autoridad en sus funciones policíacas. Parece que la brigada de perros destinados al salvamento de naufragos en el Sena, ha dado resultados desoladores. Eran más de una docena y se esperaban de ellos maravillas. Pues bien; no han hecho nada extraordinario. En verano se echaban al agua tranquilamente sin hacerse de rogar; pero no hacían más que bañarse. En invierno rehusaban enérgicamente echarse al agua y las gentes se ahogaban «á sus mismas barbas» sin que hicieran el menor movimiento para salvarlas. Y no sólo se portaban tan mal con los desesperados suicidas, en cuyo caso hubieran podido alegar que no eran ellos «quién» para oponerse á la voluntad de los que están hartos de la vida, sino que la misma impasibilidad observaban con los que distraídamente caían al agua; como si dijéramos: los que caían de buena fe.

Una sola vez, un perro se dignó «pescar» un pobre diablo que se disponía á tragar el último sorbo; era un viejo borracho que, habiendo encontrado cerradas todas las tabernas, no ideó medio más feliz de apagar su sed.

—¡Decididamente, no hay medio de que á uno le dejen beber con tranquilidad!—parece que dijo al verse salvo; ni tan sólo el agua!

¿Oyó el perro tan justa «queja»? No es probable; pero lo cierto es que desde entonces no ha querido salvar á nadie más.

Y los demás perros han hecho lo propio. Se han declarado en huelga, considerando sin duda que es más propio y decente que los hombres se salven por sí mismos; ó unos á otros.

Y ésta parece ser la nueva actitud adoptada por el fiel amigo del hombre. Actitud de rebeldía y de crueldad, cuyas causas son ignotas empiezan á preocupar á los protectores de tan dócil animal.

Mientras los sabios averiguan la verdadera causa, anótemos el juicio de un escéptico que afirma ser ello

debido á que, habiéndoles revestido de autoridad, ésta «s» les ha subido á la cabeza», ni más ni menos que si fueran hombres.

MAX

BOLSA DE MADRID

De nuestro servicio particular

IMPRESIONES

El alza se ha desbordado en forma que resulta muy difícil encontrar un valor que no participe de la corriente optimista que parece haberse apoderado de los mercados nacionales y extranjeros.

En Madrid el movimiento es general.

El interior fin de mes se cotiza de 85,82 á 87,70, y al Próximo se opera con 20 céntimos de report, lo que da una idea de las grandes facilidades monetarias que existen en nuestras plaza. Por si esto fuera poco, el Contado sube de ayer á hoy 30 céntimos, negociándose en partida á 85,85. Los títulos pequeños quedan á 87,25. El Amortizable 5 por 100 sube de 101,75 á 101,90 y 95, según las series. Y el 4 por 100 registra una nueva explosión, de alza que lo eleva de 93 á 93,50 por 100.

De los bancos, el Hipotecario gana tres enteros; el Español de Crédito, uno; el Hispano Americano, 0,50 por 100 y el del Río de la Plata, que ayer cerró á 436,50 pesetas, se publica á 439 y después de la sesión se hace á 442 pesetas.

Los más flojos son los Tabacos que cierran á 394, perdiendo un entero; sosteniéndose firmes los Hornos y los Explosivos. Las Azucareras preferentes, cierran con dinero á 105 al contado; á 105,25 á fin de mes y á 105,75 al próximo. Las ordinarias y las Obligaciones sostienen los precios de ayer. Los francos se publican á 11,25, y 30, y las libras, á 28,08 y 28,07.

Bilbao.—Meneras, 110; Almagreras, 71; Hidroeléctricas 118; Vascongados, 99,50. Obligaciones Azucareras, 103,25 Meneras, 101,70; Hidroeléctricas 104,50.

LA REINA TOPACIO 166

talada en casa de doña Mercedes que á pesar de las instancias que la hemos hecho para que no se incomodase ha querido absolutamente cedérselo su cuarto.

—La esposa ha hecho en ausencia del marido lo que el marido hubiese hecho en ausencia de la esposa. Así todo va bien allá abajo.

Luego añadió en voz baja y suspirando.

—¡Quisiera poder decir otro tanto de aquí! Por bajo que hubo hablado D. Isigo lo había visto á D. Alonso arrodillarse delante del Rey don Carlos como hombre que pide una gracia y está gracia no era difícil comprender que le había sido negada.

—En efecto dijo me parece que no había sido afortunado con nuestro joven rey amigo de Don Alonso.

—¿Que queráis señor? El rey D. Carlos confiesa el mismo que no sabe todavía el español y yo por mi parte confieso que jamás he sabido el romenco.

Pero volkamos á vos y sobre todo hablemos de vuestra encantadora hija D. Isigo.

Después de un momento de estoración y de vacilación:

—Espero... continuó casi con voz convulsiva,— que el mal encuentro que ha tenido ayer en Sierra

Biblioteca de El Eco de Cartagena 168

esta transacción ha gastado toda mi fortuna. Así, de todo el patrimonio de mi padre no me queda más que la casa que habito en plaza de Viva Rambla.

Estó me imparta poco porque ya está satisfecho el precio de la sangre y con una palabra de vuestra alteza el honor del nombre volverá para de entre las ruinas de la fortuna.

Don Alonso hizo una pausa pero viendo que el rey parecía mudo replicó:

—Así, pues, Alteza, os suplico ¡prostrado! á vuestras pies os conjuro una y mil veces panted que la parte contraria desista y que no hay contra el más que vuestro poder real os suplico y conjuro que perdonéis á mi hijo.

El rey no dijo nada.

Don Alonso continuó:

—Este perdón ¡oh rey! me atrevo á decirlo lo merco no tal vez por él mismo aunque lo replió á V. A., hay mucha culpa mía en lo que ha acontecido; sino á causa de sus nobles abusos que todos os dicen por mi voz: «¡Perdonad, señor perdona!»

Don Carlos continuaba callendo. Hasta parecía que había cesado de escuchar de suerte que con una voz más contenida inclinándose casi hasta sus pies D. Alonso continuó.

—Buen señor echad una ojeada á vuestra biblioteca